

EUCARISTÍA. Sábado 1

Volver a las fuentes de la confianza

TABOR DE CADA DÍA

Cuando te has olvidado de ti mismo,
cuando te has agotado en el servicio a los últimos,
cuando has vencido la tentación de cualquier apego,
cuando has aceptado el sufrimiento como compañero,
cuando has sabido perder,
cuando ya no pretendes ganar,
cuando has compartido lo que tú necesitabas,
cuando te has arriesgado por el pobre,
cuando has enjugado las lágrimas del inocente,
cuando has rescatado a alguien de su infierno,
cuando te has introducido en el corazón del mundo,
cuando has puesto tu voluntad en las manos de Dios,
cuando te has purificado de tu orgullo,
cuando te has vaciado de tanto acopio superfluo,
cuando te sientes herido...
brilla en ti, gratis, la luz de Dios,
sientes su presencia irradiando fresca primavera,
y su perfume te envuelve y reanima.

Ya no necesitas otros tesoros.
Dios te acompaña, te habla, te protege.

Te sientes esponjado en un mar de dicha...
Y si no estás en las nubes,
es un Tabor que se te ofrece gratis,
para que disfrutes ya lo presente
y caminos firme y sin temor.

(Florentino Ulibarri)

DANOS TU CORAZÓN

Que el Señor nos acompañe al partir de este lugar.
Que vaya delante de nosotros para iluminar el camino.
Que camine a nuestro lado para ser nuestro amigo.
Que vaya detrás de nosotros para protegernos.
Que sus brazos cariñosos nos sostengan
cuando el camino sea duro y estemos cansados.
Que esté con nosotros para cuidar a todos.
Que viva en nuestro corazón para darnos su alegría y su paz.

Padre bueno:

Danos un corazón POBRE para abrirnos y entregarnos.
Danos un corazón PACIENTE para vivir esperanzados.
Danos un corazón PACIFADO que siembre la paz.
Danos un corazón JUSTO comprometido por la justicia.
Danos un corazón MISERICORDIOSO capaz perdonar.
Danos un corazón SENSIBLE abierto al que sufre.
Danos un corazón de CARNE que descubre a Dios en todo.
Danos un corazón FUERTE, fiel hasta la muerte.

Danos tu corazón.



Evangelio: Mc 9, 2-9

Seis días después, tomó Jesús consigo a Pedro, Santiago y Juan, y los llevó, a ellos solos, aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos, y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, tanto que ningún batanero en la tierra sería capaz de blanquearlos de ese modo.

Se les aparecieron Elías y Moisés, y conversaban con Jesús.

Tomó la palabra Pedro y dijo a Jesús:

- «Rabbi, qué bien se está aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías»;

-pues no sabía qué responder ya que estaban atemorizados-.

Entonces se formó una nube que les cubrió con su sombra, y vino una voz desde la nube:

- «Este es mi Hijo amado, escuchadle.»

Y de pronto, mirando en derredor, ya no vieron a nadie más que a Jesús solo con ellos. Y cuando bajaban del monte les ordenó que a nadie contasen lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos.

PROVIDENCIA DE MI DIOS

Providencia de mi Dios,
oh madre que tantas veces he invocado
y a quien he ofrecido, consagrado, entregado esta casa
y cuantos ha reunido en ella tu gracia.

Providencia siempre buena,
tan sabia, tan llena de piedad y amor
para con tus pobres criaturas,
te adoramos, te bendecimos,
nos abandonamos en tus manos sin reserva.

Haz de nosotros todo lo que quieras.
Sólo deseamos cumplir tu voluntad en todo:
en las humillaciones y en las grandezas,
en la pobreza y en la riqueza,
en la salud y en la enfermedad,
en la vida y en la muerte.

Providencia de mi Dios, vela sobre tus hijos,
afiánzanos, dirígenos.

Sé Tú nuestra defensa,
nuestra guía, nuestro consuelo,
nuestra alegría y nuestra esperanza.
¡Dios Sólo en el tiempo!
¡Dios Sólo en la eternidad!
¡Dios Sólo en el día de hoy,
en todo y en cada cosa ¡Dios Sólo!

VOLVER A LAS FUENTES DE LA CONFIANZA. Tabor (Mc 9, 2-9)

Hemos orado el primer día del retiro con el relato del bautismo de Jesús en las aguas del Jordán. Era la historia de los inicios, de los comienzos de lo que llamamos la vida pública de Jesús. De ahí, tras un tiempo de discernimiento en el desierto, Jesús se dedicó a recorrer toda Galilea. Predicaba la buena noticia de un Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos, enseñaba en las plazas, llenaba el corazón de esperanza a la gente sencilla. Hacía signos a través de los cuales la gente más tirada comenzaba a ponerse en pie. Curaba las heridas del cuerpo y la propia historia...

Pero el relato que nos ocupa hoy pertenece a un momento distinto en la vida de Jesús. Aquellos comienzos quedaron muy atrás. Y, en su lugar, surgieron con mucha fuerza las resistencias de los hombres y mujeres de su tiempo. Fariseos y letrados lo rechazaban abiertamente. Pero como nos dice el evangelio, incluso muchos de los que le seguían “dejaron de ir con él”. Hasta el punto de que en un momento dado Jesús llegó a preguntar a los más cercanos: “¿también vosotros queréis marcharos?”

Aquella confianza recién estrenada que salía de las aguas del Jordán en el bautismo comenzó a ponerse a prueba. Aquella voz del Padre, limpia y clara, se vio rodeada de críticas y murmuraciones. Aquellas aguas que cuentan lo que somos, se toparon con oídos sordos y desconfiados. Y fue entonces cuando Jesús sintió la necesidad imperiosa de volver. Volver al Padre, volver a las fuentes más hondas que habían alimentado hasta entonces su vida y su misión. Necesitaba leer, junto al Padre, aquel momento dramático que estaba viviendo. En los momentos de desolación nos salva el volver a las fuentes que han alimentado de siempre nuestra vida. Y en el caso de Jesús lo tenía totalmente claro: esas fuentes estaban en el corazón del Padre. Y a ellas acudió.

Es una preciosidad que Jesús se lleve consigo en esos momentos a sus amigos. A Pedro, Santiago y Juan (que poco más tarde serán los mismos que le acompañen en Getsemaní). Y eso nos anima a que, en momentos difíciles, ojalá encontremos compañeros, amigos o hermanos con quienes descansar el corazón, a quienes ofrecer nuestra fragilidad, con quienes sobrellevar nuestra soledad. Eso es verdad pero también es cierto que hay situaciones en la vida, hay niveles que uno sólo puede vivirlos cara a cara con Dios. Solo él o ella y sólo con Dios. Eso le pasó a Jesús. Acompañado de los suyos pero nadie pudo suplir el encuentro desnudo con el Padre.

Lo mismo que en el bautismo, “mientras Jesús oraba” fue cuando sucedió aquella experiencia del Tabor. Una vez más nos vamos a encontrar con la misma pregunta: “¿Qué sucedió realmente en el Tabor?” y con idéntica respuesta: “No lo sabemos”. Pero seguramente que no hubo luces ni destellos, porque la trasfiguración ocurrió en el corazón de Jesús. La experiencia del Tabor fue una experiencia de confirmación.

El Padre rompió su silencio y le comunicó a Jesús: “Sí, es por aquí. Hasta ahora te ha tocado encargarte de la realidad: anunciar la buena noticia, hacer milagros, transmitir confianza a la gente, curar... ahora te toca cargar con la realidad. Cargar con el mal, con la injusticia, con el rechazo y con el desamor de los hombres y mujeres. Encargarte y cargar con la realidad desde dentro. Pero quiero que sepas que Yo no te voy a dejar, que sigues siendo “mi hijo amado”, lo mismo que en el Jordán”.

“Es por aquí, Hijo” estas parecen ser las palabras tan duras como luminosas que el Padre pronunció sobre su hijo en aquel monte Tabor. “Es este el camino que has de atravesar porque el amor real no tiene atajos. Pero que quede grabado en tu corazón lo que ya sabes. En esto que has de vivir... no te voy a dejar”. La experiencia del Tabor fue para Jesús una experiencia de confirmación y de consolación. Una luz en medio de una entrante oscuridad densa. Una “alegría del corazón” en medio del desconcierto y de la noche. Una “vacuna de recuerdo” por la que se le activaba la conciencia de saberse y sentirse hijo amado en toda circunstancia, en todo futuro. También en este que se adivinaba lleno de sombras.

Jesús recibió en el Tabor toda la presencia radiante de Dios Padre/Madre. Y con ella en el corazón debía de emprender el camino de Jerusalén. A todos nos encantan las experiencias de consolación, los momentos en los que a los pies del Señor podemos descansar profundamente o el sentimiento de que estamos en buenas manos o la alegría que nos hace soportar las tristezas inevitables... Momentos en los que decimos “¡Qué bien se está aquí!” Y nos gustaría agarrar esos momentos para que no desaparecieran nunca, para que no se evaporaran. Nos gustaría poder meter en una caja fuerte los momentos en los que la presencia del Señor se nos ha hecho hasta palpable. Pero no podemos “hacer tres tiendas” para quedarnos definitivamente en ellos.

A veces las experiencias de consolación son como “farolas para el camino”. Y vamos “de farola en farola”. Ahora luz, ahora oscuridad, otra vez la luz. Peor con la confianza de que es así como nos están conduciendo el Señor. Como nos está enseñando a confiar. No se pueden hacer tiendas, ni graneros donde acumular experiencias de consolación. Las consolaciones, como esta experiencia del Tabor, son víveres para el camino, respiros para el corazón, horizonte frente al encogimiento, perspectiva frente al ahogo, presencia que acompaña y que confirma frente al miedo a no acertar. Es la confirmación de que quien parece ausente, el Señor, en realidad sigue ahí. Sigue cuidándonos, acaso más “extrañamente” de lo que nos gustaría.

Ojala que en los momentos difíciles, cuando nuestra confianza se pone a prueba, acertemos a volver a las fuentes. Acertemos a volver a leer nuestra realidad con el Señor. Volvamos a esa voz que un día nos prometió fidelidad y que no puede ni quiere desdecirse en ninguna circunstancia.